

UNA VIDA MÁS HUMANA EN LA VEJEZ¹

P. Pablo Fontaine, SsCc

Respondiendo a lo que se me ha pedido: señalar aspectos de la ancianidad que hacen más libre y humana la vida para el seguimiento del Evangelio, enumero algunos elementos de mi experiencia: el uso del tiempo, la menor responsabilidad, la soledad y la muerte.

Quien lea esta enumeración sin ver lo que sigue, estimará que los dos últimos elementos -soledad y muerte- no parecen muy atractivos ni cooperan al gozo del Evangelio. Pero sí lo son y ayudan en el sentido que se verá.

Trabajo bastante, pero reconozco que dispongo de un mayor tiempo. Es un tiempo elástico que no amarra necesariamente. Lo cual permite apreciar ciertos momentos y cosas que antes pasaban rápidamente sin dar lugar a ser observadas. El caminar, por ejemplo, se daba antes casi exclusivamente con la vista fija en el punto de llegada, y poco en el contenido del camino mismo. Hoy, teniendo que llegar a algún punto pero sin apuro, lo que ocurre en la calle o en el campo me parece más interesante y novedoso: ese niño que corrió subiendo una pendiente, la señora del carretón con su cara triste y cansada, algunos pájaros entre curiosos y asustadizos. Todo ello hace pensar en parábolas de Jesús e invita a la libertad y a caminar con Él. En suma, entrega elementos de una contemplación sencilla ante la creación y la obra de Jesús.

El menor apuro no solo viene de que hay menos prisa porque no se me encomiendan cosas urgentes. También viene de la pesadez e inseguridad de las piernas, lo que me permite saludar a los que se acercan y reírme de mi escasa velocidad.

Sin embargo, a pesar de esta alegría de vivir con mayor holgura, me preparo para momentos más difíciles de verdadera inactividad. Entonces será necesaria la aceptación tranquila de que la vida humana no se mide por sus quehaceres, sino por el amor de cada instante, también en aquellos instantes de postración, silencio o aparente vacío.

Para ello me servirá pensar que, en medio del mayor trajín, también hubo momentos vacíos, pues me buscaba a mí mismo más que a Dios y a mis hermanos.

Mi vida actual sigue siendo activa. Sin embargo es innegable que no corro con las responsabilidades de otros tiempos. Solo la responsabilidad de pertenecer a una comunidad o a una parroquia y colaborar con ellos con toda el alma. Nada menos y nada más. Pero ciertamente no se puede comparar con esa otra que conlleva la conducción de una comunidad religiosa, la formación de jóvenes religiosos o el encargo de dirigir un colegio o una parroquia. Estas responsabilidades, que en algún tiempo me tocaron, pesan casi enteramente sobre una persona, aún con colaboradores. A esta edad avanzadísima, tengo mayor libertad para cooperar con ideas y consejos, tratando de no intervenir excesivamente, intentando no impedir el trabajo y el pensamiento de los otros, aceptando que no se siga mi pensamiento, sin poner cara de “a mí me están marginando”.

Pero sí experimentando la alegría del trabajo en conjunto en que las penas y las alegrías son comunes. Es un ejercicio de desprendimiento y a la vez una experiencia de responder sin agobio ni exceso, sin adelantarse a los resultados, al éxito o al fracaso.

Aún en una ancianidad tan acompañada como la mía, queda lugar inevitablemente para una mayor soledad. Simplemente porque uno no puede subir un cerro con los otros, ni participar de tal espectáculo, de tal comida o entretenición, ¡y menos de trastrochar! Ni asumir la ejecución de un plan que se veía interesante. Ahora bien, estas “limitaciones” suelen ser una ocasión para saborear la soledad como un espacio de encuentro con Dios, el que siempre está ahí; el que con su presencia es descanso y serenidad, alegría y mirada bondadosa. Entonces se abren caminos de mayor humanidad: la soledad no es un mal, es un llamado para amar y descansar en el Corazón de Cristo. Para ahondar el sentido de lo trascendente. Es acoger el Misterio de Dios que nos rodea y que, en su silencio, es elocuente.

Si llega a insinuarse un comienzo de tristeza, es el momento de decir con San Juan: “es el Señor”. Como sorprendiendo a Jesús, le digo: “te reconozco, en esta leve oscuridad mía, llegas buscando mi compañía”. *Solus cum solo*.

Finalmente la muerte. Es normal que ocupe un lugar central en el pensamiento, la oración y los proyectos del anciano. A ratos me muestra su rostro menos deseable, y exige de mí la aceptación amorosa y dolorosa de Jesús en la cruz. Humaniza mi vida porque hace presente una realidad tantas veces oculta y negada en el quehacer corriente. Otras veces se presenta como algo deseable, como el fin, motivo y plenitud de todo lo vivido. También me hace más humano porque me entrega un mayor realismo para considerar la vida, los tiempos y los momentos, los proyectos y las dificultades. La perspectiva de la muerte me proporciona cierta libertad que me ayuda a desdramatizar los acontecimientos del momento y a guardar el sentido de las proporciones.

Sería malo que esto último me llevara a la indiferencia, a un cierto escepticismo del que no es ajeno el Eclesiastés. “Total, esto va a pasar”, “esto otro, siempre se ha hecho y nunca dio resultado”. O decirle al joven: “no tanto entusiasmo. Por último todo se acaba”. Dar tales duchas de agua fría es lo peor que puede hacer un viejo. No solo porque desalienta, sino porque objetivamente no es así. El cristiano no es el que cree que todo se hace polvo, sino el que cree que todo revive. Eso es parte de su fe en Cristo resucitado.

Por eso una Vida Religiosa puede llegar a ser verdaderamente humana cuando se acepta todo lo humano. También el fin de este paisaje y su recuperación en el Reino futuro con su alegría, anticipada en la fe y en la liturgia.

Notas:

¹ Revista Testimonio No 259 / Año 2013